Con motivo de la inauguración de la décima promoción de la Carrera de Postgrado de Especialización en Docencia Universitaria, este texto se pregunta por los motivos que han movido y siguen moviendo a tantas generaciones de colegas a apoyar este proyecto educativo. La respuesta que surge a este interrogante es que no basta con el conocimiento y la ciencia a secas, con acumular y transmitir información. El primer y último sentido de la universidad, nos dice el texto, fueron, son y serán los seres humanos.

NOTAS EN TORNO AL SENTIDO DE NUESTRA UNIVERSIDAD [1]

En abril de 1995, cuando inauguramos la primera promoción de nuestro Postgrado, no pensábamos en el tiempo que se prolongarían estos estudios. Conocíamos la dimensión de la tarea, buscábamos una transformación de los modos de enseñar y de aprender, pero no nos imaginamos en ningún momento una continuidad tal que permitiera este encuentro hoy con ustedes, diez años más tarde. Y sin embargo, apuntábamos a una ruptura con la tendencia vigente a mediados de los 90. En esos tiempos campeaba una firme ideología, expresada en marejadas de incitaciones a no planificar, no imaginar futuro, no preocuparse por los demás; las consignas eran: resolver todo sobre la marcha, desarrollar reflejos para sobrevivir en la cambiante arena de la sociedad. Puedo expresar aquellas tendencias con palabras en boga en España: “a vivir, que son dos días”.

Nosotros, como equipo coordinador del Postgrado, nos empecinábamos en mirar más adelante. Teníamos claro desde el comienzo que con nuestros estudios proponíamos una política universitaria, válida para el tiempo largo de las instituciones. Cuando en mi calidad de secretario académico de la UNC, en 1994, le propuse al rector Armando Bertranou esta carrera, se tomaron decisiones de claro sentido político, de política universitaria.

Buscábamos una universidad conformada por académicos en el pleno sentido del término, capaces de conocer, comunicar y compartir sus conocimientos, capaces de sembrar entre sus estudiantes el ansia de conocer y de comunicar sus conocimientos.

No aspirábamos a tanto, a los diez años que hoy cumplimos, pero sí a incorporar a nuestros estudios el mayor número posible de colegas. Por eso nacimos como un sistema a distancia. Por entonces la UNC tenía alrededor de 3500 profesores, de los cuales unos 700 estaban ya capacitados para la docencia. Nos quedaban 2800. Si hubiésemos adoptado un sistema presencial, con suerte habrían egresado unas 30 personas por año, es decir, que habríamos tenido por delante 93 años para completar la capacitación de de 2800 colegas.

El sistema a distancia nos ha permitido llegar, en ocho promociones, a 1123 egresados. Acaba de terminar el cursado de la novena y ahora iniciamos con ustedes la décima: 150 personas en Mendoza, 70 en Santiago del Estero, 60

en La Rioja, 30 en San Rafael…, la cifra supera el número de 300. A diez años de nuestro inicio todavía cantamos, y a plena voz.

Como ni esta inscripción, ni un egreso como el nuestro, ni una década ininterrumpida suelen ser comunes, queremos preguntarnos aquí, con ustedes, por los motivos de tantos años de tarea sostenida y de apoyo de generaciones de colegas universitarios.

Les propongo, colegas, una primera línea de reflexión: algo está cambiando en el ambiente universitario. Vamos comprendiendo que no basta la sola apelación al conocimiento y a la ciencia para cumplir la tarea en las aulas y en el seno de la sociedad. La cultura universitarias es más, mucho más que la acumulación y la transmisión de información. Venimos viviendo, desde comienzos de los 90 en nuestras instituciones, un reconocimiento del eje del aprendizaje en el desarrollo de las y los estudiantes. De a poco, pero sin pausa, se va ampliando el horizonte de la cultura universitaria para incluir en ella el eje del aprendizaje, como desafío y construcción de las y los jóvenes.

Tarea nada fácil ésta. Las culturas, y la universidad tiene la suya, son persistentes en su ser, para bien y para mal. Acabo de leer un libro en el cual se insiste en viejos e insostenibles prejuicios, a nombre de “científicos”, un manifiesto antipedagógico, con el argumento de que la pedagogía nada tiene que hacer en nuestros espacios universitarios. Todavía quedan muchos fantasmas que disipar, no dejamos de reconocer nuestra tarea en ese esfuerzo.

Este Postgrado se propuso, y se propone, ampliar el horizonte de la cultura universitaria. Si nuestros colegas siguen viniendo a nosotros, es porque sienten un malestar en la vieja cultura universitaria. Algo no alcanza en ella para atender las exigencias de nuestro tiempo. Donde hay educación, donde hay caminos de aprendizaje, está presente, como afirma Arturo Roig, lo pedagógico.

Bien. Tenemos ya un primer intento de explicación de nuestra presencia hoy en este salón. Ensayemos un segundo: este Postgrado tiene como punto de partida, como eje permanente, como obsesión, la práctica de todos y cada uno de sus participantes. Lejos estamos de esas propuestas que llegan a los gritos a despedazar todo lo hecho hasta el presente por alguien para luego mostrarle la luz. De campos arrasados no es posible esperar ni flores ni frutos. Como lo irán viviendo en los próximos meses, el eje de este Postgrado no es la ciencia, no es la pedagogía, no es alguna teoría henchida de soberbia; el eje, colegas, son ustedes, cada una y cada uno.

¿Acaso se puede hacer pedagogía desde otro lugar?

Porque la pedagogía se ocupa del sentido del acto educativo, y sentido es siempre sentido de seres humanos, y los seres humanos en nuestro campo son los estudiantes y somos nosotros. El sentido que podamos trabajar en nosotros mismos es un fundamento irreductible de cualquier quehacer educativo.

Lejos estoy de arriesgar una reflexión filosófica. Más lejos aún de pretender inaugurarle a nadie el sentido de su existencia y de su profesión. Pero de ninguna manera renunciamos en nuestros estudios a colocar en el centro lo que es condición de posibilidad del acto educativo: la práctica de ustedes, nuestros colegas. Sobre ella trabajamos, con todo el respeto y la prudencia, con lo que significa un acercamiento entre adultos para pensar y aprender juntos, con los tiempos necesarios para la maduración y la comunicación.

No nos embarcamos en esta hermosa aventura para jugar a deslumbrarnos. En educación estamos juntos para comunicarnos y para aprender unos de otros; cada quien trae sus alforjas llenas de preguntas, experiencias, saberes, sentires, y nada de esto fluye si de entrada, a nombre de sabe Dios qué designios científicos, se agrede al otro desde inaccesibles cumbres de poder intelectual.

Y no es que todo lo traigamos, ustedes y nosotros. Hay mucho que aprender de otros, de autores y educadores de este tiempo y del pasado. Pero el eje sigue siendo la práctica, siguen siendo cada uno de los seres involucrados en el Postgrado.

Una tercera línea de explicación: el seguimiento personalizado. Veámoslo primero desde la coordinación de este proyecto educativo. Nuestro equipo está conformado por seis personas, cada una con una dedicación de alrededor de 30 horas semanales al Postgrado. Así ha sido desde el comienzo. Partimos, para organizarnos de esa manera, de algo que no sólo padecen las y los estudiantes, sino también los académicos: el abandono. En los primeros la cuestión es clara: miles de miles dejan las aulas sin que casi nadie se entere, como si se tratara de hojas de otoño, de pétalos secos llevados y traídos por cualquier viento. En los segundos, los docentes en general y universitarios en particular, el abandono se expresa en míseros salarios, en carencia de oportunidades para el perfeccionamiento, en estructuras que a menudo tienden a asfixiar todo intento de innovación, en la presión de un poder que no deja de ser poder por el hecho de que se lo practique en nuestros claustros.

Nuestra organización está construida de manera de evitar en lo posible el abandono. Tratamos de estar siempre cerca de ustedes, no nos demoramos en la respuesta a las consultas, no nos olvidamos de lo que cada una o cada uno ha venido haciendo. Esto significa un constante seguimiento de la tarea de ustedes, nuestros colegas estudiantes. Para nosotros lo importante, lo más importante, es que terminen su trayecto y para eso estamos bien preparados, estos diez años nos han dado una experiencia muy valiosa.

Pero también cabe asomarnos al seguimiento desde el lado de ustedes. El Postgrado está estructurado en cuatro módulos: La enseñanza en la Universidad, El Aprendizaje en la Universidad, La Educación Superior y La Pedagogía Universitaria. Cada uno requiere, como veremos más adelante, un esfuerzo de producción intelectual, expresado en la elaboración de un texto paralelo. Y dicho esfuerzo requiere seguimiento, continuidad, perseverancia.

En definitiva, requiere no abandonar la tarea cotidiana a lo largo de 15 a 18 meses de trabajo.

Doble compromiso, entonces: de parte nuestra, no abandonarlos, no cesar en nuestro seguimiento; de parte de ustedes, no abandonarse, sostenerse en la labor cotidiana para llegar a buen puerto.

Propongo un cuarto intento de explicación de nuestra presencia hoy aquí: el desafío de nuestro Postgrado a la producción intelectual. Cada una y cada uno de ustedes deberá escribir cuatro textos, a razón de uno por módulo. Al desafío de construir sobre la propia práctica, sobre la propia experiencia, añadimos el desafío de la escritura. Tenemos mucha experiencia en el seguimiento de esa construcción intelectual a través de la palabra escrita, los textos paralelos producidos por las generaciones anteriores a la de ustedes se cuentan por miles.

¿Qué significa este requisito del Postgrado como línea de posible continuidad de los estudios durante estos diez años? Para nosotros la escritura constituye un camino fundamental para sostener uno de los elementos más preciosos de la cultura universitaria tradicional: el tiempo de la reflexión, el tiempo del pensamiento. Es imposible elaborar los textos que pedimos a ritmo de locos, a las carreras en las cuales se desgastan cada semana nuestras horas de vida. La Especialización pide tiempo, pero no el del vértigo, no el neurótico, no el signado por los afiebrados relojes de la supervivencia. Nuestro Postgrado pide tiempo humano, de búsqueda de una idea, de recuperación de una experiencia o de un destello de la memoria, de diálogo, de comunicación. Sólo con ese tiempo humano es posible resolver las prácticas de aprendizaje que proponemos, es posible la escritura con sentido, porque el tiempo humano es también el tiempo del sentido de nuestra existencia.

En fin, una última lectura: la exigencia. Somos muy exigentes en los estudios que hoy inician. Nos exigimos mucho a nosotros mismos, en nuestra calidad de coordinadores, y les exigimos mucho a ustedes. No están los años que corren para jugar a aquello de “yo hago como que te enseño y tú haces como que aprendes”. Pretendemos mantener un espacio humano, sostenido por el respeto y la convivencia, pero a la vez universitario en lo profundo, en el sentido de la seriedad del trabajo intelectual.

Apreciadas, apreciados colegas. Ustedes, con su presencia, con su apoyo, nos han permitido poner en marcha la décima promoción de nuestros estudios. Les agradecemos este gesto y el esfuerzo que harán para cumplir la rutina de estudios durante los meses venideros.

La esencia de la universidad no fue nunca el conocimiento, no fue nunca la ciencia, no fue nunca la tecnología, no fue nunca la cultura, no fue nunca la metodología. La esencia de la universidad fue, es y será los seres que la habitan en cada encrucijada histórica. Son ellos el sentido primero y último, todo lo demás son caminos, medios que se dan esos seres.

Gracias colegas por llenar de sentido esta décima promoción de nuestro Postgrado.

Daniel Prieto Castillo
29 de marzo de 2005

[1] Palabras pronunciadas en la inauguración de la décima promoción de la Carrera de Postgrado de Especialización en Docencia Universitaria de la Universidad Nacional de Cuyo, en la Facultad de Filosofía y Letras.